## LA SALIDA

Los Andes, prolongada cadena de montañas de cobre, compuesta de quebradas tortuosas, de tierras hostiles de difícil acceso, celadoras de muchos secretos, será el marco de esta historia en la que, con labor, entrega y sacrificio, el primer contingente de familias procedentes de las haciendas ubicadas en las llanuras peruanas, rebasando los límites del entendimiento, teniendo como cabecilla a Silvestre, el capataz de la hacienda Salgado, gestor del movimiento, se desplazará incitado por el llamado a sus raíces. Llamémosle utopía, llamémosle esperanza, este grupo de familias expelerá hasta el último aliento para alcanzar esa quimera andina que es forjarse un porvenir en esas tierras inhospitalarias habitadas por sus antepasados, los incas.

Silvestre, hombre de palabra, innegable trabajador, forjó su reputación en la hacienda Salgado ocupando miles de oficios, destacándose, sobre todo, por su infatigable trabajo y esfuerzo en las operaciones del campo. Al correr de los años, fue merecedor del puesto de capataz. Fiel amigo de Joaquín Salgado, hijo del propietario de la hacienda, Silvestre lo considera más que a un hermano. Sin catalogarse de agitador, inspirado por ese flujo de cambios en el pueblo de Cuchimilcos, lugar donde se estableció Joaquín, y esas vocecitas provenientes de la comunidad de espíritus dirigidos por Aucari, su mirada apunta hacia ese nuevo despertar. Entre cultivos a pérdida de vista y la crianza de animales en las grandes llanuras, Silvestre y los trabajadores se han dejado el cuerpo y el alma durante demasiado tiempo, y ahora no desean sepultarse. El momento de abandonar las haciendas llega a su término.

Las haciendas, inmensas plantaciones florecientes, abundantes, establecidas en el Perú desde la época colonial española, albergan a muchos trabajadores del campo, a quienes les ofrecen alojamiento y sustento. Estimuladas por esa seguridad, muchas familias andinas se sumergen en ese riguroso estilo de vida, y trabajar en las haciendas es el oficio más común. Ante la salida masiva e intempestiva de los trabajadores de las haciendas Salgado y los alrededores, ¿podrán las haciendas sobrevivir?

En ese contexto de gran incertidumbre, el sol se levanta auspiciando un amanecer cargado de movimientos y acción. Les recordamos que varios días han pasado desde la última reunión que mantuvo Silvestre con los trabajadores del campo. Muchos tildan a Silvestre de fantaseador, otros aducen que ha perdido la razón. Sea como sea, Silvestre asegura que todo está bajo control. Vacilaciones no han faltado, pero en este día tan especial las familias desalojan las habitaciones de la hacienda para conformar los rangos de soñadores que parten con un futuro incierto.

En la hacienda Salgado, el día señalado se anuncia bajo los auspicios de un cielo claro, despejado y un tanto rasgado. En pleno nerviosismo, Silvestre trata de mantener su compostura; el momento es el más crítico de su existencia. ¿Cómo dejar la hacienda que lo vio nacer? ¿Cómo abandonar a sus amos? Y, sobre todo, después de este tiempo de separación con Joaquín, se pregunta qué habrá sucedido con él y el pueblo de Cuchimilcos, en la confrontación con las fuerzas del mal, inquietud que no comparte con los suyos. ¿Estará haciendo lo correcto? Sin contacto, ¿quién le asegura si aún se mantienen con vida? Qué incertidumbre. Silvestre ya no desea formular conjeturas ni interrogantes que no puede responder. Pese a su extrema febrilidad, el ardiente deseo de rehacer su vida en los Andes, y fundir sus sueños y esperanzas con los de Joaquín, lo anima. Impartiendo confianza y tranquilidad, eludiendo los temores, culmina su ardua labor de convencer a los trabajadores. La prueba de fuego está a las puertas.

El pueblo de Cuchimilcos nunca ha interesado a nadie. Aislados de las demás poblaciones, los habitantes andinos crecieron con el mito de que ese pueblo estaba poseído por fuerzas malignas. Después de varios encuentros y discusiones, la ansiedad de instalarse en este trozo de tierra olvidada se reaviva, sobre todo al saber que Joaquín dirige el pueblo tras salir ileso de su incursión en Pacha Rurac, una hazaña que extirpa definitivamente el miedo de sus corazones, reavivando el deseo de aventurarse hacia lo desconocido.

Los trabajadores vacían sus habitaciones, recogen y atan sus últimas pertenencias, y ajustan sus ponchos de lana, largas botas y sombreros. A la señal de Silvestre, desalojan los cuartos fluyendo lentamente hacia la entrada de la hacienda.

No muy lejos de la llanura, el grupo de espíritus designado por Aucari se prepara para su misión: protegerlos discretamente durante el periplo que los conducirá hasta Cuchimilcos.

Extrañamente, esa mañana Pedro Salgado, padre de Joaquín, asignó a su mujer, Lourdes, al mando antes de abandonar la hacienda muy temprano con el pretexto de resolver un asunto de suma urgencia en la ciudad. Aquella resolución es inusual. Conociendo la torpeza de su mujer en asuntos de la hacienda, dejarla al control de los trabajadores es, sin duda, la peor decisión que ha tomado. «¿Por qué no señaló a Silvestre, el capataz, para esa tarea?», se pregunta Lourdes, inquieta. Sin obtener respuesta alguna, la inexperimentada mujer se acopla a su rutina habitual, podando algunas flores y regándolas en la tarea de adecentar su jardín. Hasta ese momento, todo ha seguido su curso normal. Minutos más tarde, percibe un rumor inacostumbrado.

Doña Lourdes observa los alrededores, donde un grupo de empleados se aproxima a la puerta de la hacienda. Eso es inusual, a estas horas del día deberían estar trabajando los campos, arando la tierra, plantando, limpiando. Aquella inusitada mañana avanzan cargados de paquetes y otras pertenencias personales. Doña Lourdes no anticipa los sucesos que están a punto de estallar cuando acude al encuentro de Silvestre.

—¿Me puedes decir qué está pasando aquí, Silvestre?

El capataz se adelanta para anunciar sus intenciones, sin preámbulos y sin contemplaciones.

—Hemos decidido partir. Nos instalaremos en el pueblo en Cuchimilcos con Joaquín.

—Por Dios, ¿qué dices, Silvestre?

Meses antes, Lourdes había perdido a su hijo, ¿y ahora es el turno de los trabajadores? «¿Qué está sucediendo?». La mujer está convencida de que no pueden partir sin el consentimiento de su marido. Sin embargo, en su ausencia, sola y sin recursos, ¿quién podrá impedirles que se marchen? Qué situación más embarazosa. La urgencia está allí, y algo tiene que hacerse.

—Lo que estás diciendo… es incomprensible. Hasta me atrevería a decir… ¡imposible! Los tiempos son difíciles para todos, incluso para nosotros, los amos. Sé que mi marido se ha mostrado un poco intransigente con algunos de ustedes últimamente, pero no lo culpen. Todo queda en el pasado.

—Desgraciadamente, nuestra decisión es irreversible, doña Lourdes.

—No, imposible. Esperarán el regreso de mi marido y le explicarán en persona sus intenciones —responde doña Lourdes, visiblemente nerviosa.

Los ojos de los campesinos siguen en silencio los labios y las muecas de doña Lourdes, luego la miran fijamente, aunque sin atreverse a darle una respuesta. Para Lourdes, es el día más difícil que ha enfrentado desde que vive en la hacienda.

—Este es un comportamiento egoísta. ¿Qué hay de la gratitud? ¿Han borrado esa palabra de su vocabulario? —pregunta aturdida doña Lourdes.

Una cosa es obvia: no puede dejar que eso suceda. ¿Cómo impedirlo? Ante el tormentoso silencio del momento, doña Lourdes rompe en lágrimas. Es evidente que sola no puede enfrentar tal situación, y regresa nerviosa a la casa, buscando desesperadamente a su marido. Lo llama atolondrada en repetidas ocasiones, y, para colmo de males, él no está allí.

—¡Pedro! Pedro, ¡ven aquí, por favor! Por el amor de Dios, ¿dónde estás?

La sorpresa es aún más grande al ver a Sylvana, Hortensia y los trabajadores de la residencia adherirse al grupo que se marcha.

—¿Tú también piensas abandonarnos, Sylvana?

Sylvana es muy consciente de que su ama y patrona hizo mucho por ella desde el momento en que puso un pie en la hacienda, pero la partida a Cuchimilcos es inexorable. Los ojos de Sylvana se llenan de lágrimas mientras mira a su ama. En el fondo, después de todos estos años de servicio, doña Lourdes se ha ganado su respeto. Sylvana continúa caminando en silencio. La rabia chispea en los ojos de Lourdes, que la toma del brazo para recriminarla.

—No te puedo maldecir, no a ti —le reconoce Lourdes a Sylvana—. Pero tampoco puedo concederte mi bendición.

Lourdes se siente atrapada; nunca pensó que sus propios trabajadores podrían conspirar a sus espaldas y abandonar la hacienda sin importarles el estado en que dejasen a sus patrones. Desesperada, abandona la residencia y corre a la puerta principal para detener la caravana. Silvestre se acerca a ella.

—No lo haga más difícil, por favor, doña Lourdes —le pide con amabilidad—. La decisión ya está tomada.

—Silvestre, ¡reflexiona! Es una locura abandonar la hacienda, aquí tienen un techo y comida asegurada. —Luego se dirige al grupo con la intención de disuadirlos—: ¡No se vayan! Estoy dispuesta a duplicar su salario y mejorar sus condiciones de vida.

Atraídos por la ventajosa oferta, los indecisos dudan, pero no por mucho tiempo. Las muñecas protectoras actúan, y, más resueltos que nunca, los trabajadores marchan frente a doña Lourdes y la saludan con deferencia.

—Hasta pronto, querida doña Lourdes —repiten uno tras otro.

Lourdes cree volverse loca de desesperación. Pese a su franco hablar y su persuasión, no logra convencerlos de que permanezcan en la hacienda. En esos momentos, ve desfilar por su mente los dulces recuerdos en la hacienda: con su hijo, con los trabajadores… No puede aceptar esta cruda realidad. Desde que se casó con Pedro, solo ha conocido la vida en la hacienda, y ahora todo se derrumba ante sus ojos.

—Es un malentendido, nada más que un villano malentendido. Estoy convencida de que estoy viviendo una pesadilla —se repite Lourdes—. Esta situación es solo temporal. Sí, voy a despertar. Es solo una pesadilla.

Devastada, doña Lourdes retorna a su residencia en espera del regreso de su marido.

En cuanto a las familias…

—El viento sopla a nuestro favor —les dice Silvestre con entusiasmo—. Dentro de poco el trabajo en las haciendas será parte del pasado.

Los trabajadores avanzan con ollas, unas cuantas pertenencias, algún que otro animal y el corazón lleno de esperanza, encaminándose hacia la puerta principal sin oposición ni obstáculos. Parece un milagro. Sí, un verdadero milagro de los Andes. Frente al gran portón, Silvestre y el grupo se dejan vencer por una ola de desenfrenado entusiasmo. Ahora, más que nunca, están convencidos de haber tomado la decisión correcta. Es una verdadera hazaña partir en una caravana para establecerse en Cuchimilcos con Joaquín. Las familias sonríen al sol, y agradecen a su Dios por esta nueva y extraordinaria oportunidad de reconstruir sus vidas.

La ruta permanece tranquila bajo los auspicios de un cielo despejado y un sol radiante que les brinda compañía. Las familias avanzan cantando al retorno a sus raíces. Más tarde, trabajadores de otras haciendas se suman a la caravana en aquel glorioso día.

En medio de tanta algarabía, los hombres hechizados por la anaconda no comparten el mismo gozo. Poseídos por el mal, por sus mentes recorren ideas turbias y repletas de malas intenciones. Son ellos quienes revelaron a los dueños de las haciendas la hora y el lugar del paso de la caravana. Y estos propietarios, con sus corazones impregnados de odio y resentimiento, se preparan para detener este éxodo que amenaza la prosperidad y viabilidad de sus haciendas. Esperan ansiosamente entre los arbustos a que la caravana cruce por aquellos parajes.

El momento de ir a la ofensiva llama a la puerta y, a la señal de los hechizados por la anaconda, el día del último encuentro se desata el infierno. Con un grito de guerra, el más robusto del grupo lidera el ataque, seguido de sus secuaces. Unos segundos bastan para difundir el pánico y la discordia ante un acontecimiento inconcebible.

Sin duda alguna, se trata de un plan orquestado durante varios días. Inexpertos en este tipo de situaciones, las familias de las caravanas no pueden reaccionar ante lo que se les avecina.

—¡Mantengan la calma! —grita Silvestre.

Al voltear su mirada, comprende la realidad de lo que sucede. Los despiadados atacantes arremeten contra las familias una y otra vez, a punta de empellones, manotazos, golpes, insultos y malos tratos. Las familias corren despavoridas de un extremo al otro en bandadas, sin rumbo marcado. Muchos se replantean como absurda la decisión de abandonar las haciendas. Los encargados de hacer el mal, con sus ojos inyectados de odio, amedrentan a cualquiera, y las familias, desfallecidas, pierden gradualmente el coraje para continuar con el plan de Silvestre.

En el Hanan Pupu, Ollantay observa desde la cima el tormento que viven las familias que se dirigen a Cuchimilcos. Mientras, el cóndor Intilimay permanece taciturno, sumido en sus pensamientos. «¿Qué proezas en el pasado y qué ocho cuartos?», se dice Ollantay, al ver que las esperanzas depositadas en ese pajarraco son infundadas. El patriarca gruñe de cólera, y repite una y otra vez que sin la intervención del cóndor esta travesía está condenada al fracaso.

—¿Cómo incitar al cóndor a partir hacia el campo de batalla? —pregunta.

—Asediado por el desamparo y el abandono, ese cóndor se ha convertido en compinche de la inacción —afirma el patriarca—. No sacaremos ninguna ventaja de ese comportamiento. Tenlo por seguro, Ollantay. Las ramificaciones del ocio se remontan a muchos siglos.

—Hum, la perspectiva no es nada halagadora. ¿Qué podría despertar su interés? —pregunta Ollantay—. Ese cóndor se comporta como un muerto en vida.

Y no se equivoca. El vínculo con la humanidad ha sido quebrantado desde el trágico día en que se separó de su amo, aquel que había dirigido sus pasos en el pasado. Hoy en día, acostumbrado a vivir en un aislamiento forzado, Intilimay renuncia a la vida, y todo lo que ve y escucha carece de interés.

La intervención del cóndor es imprescindible y, desesperado, el patriarca empieza a emitir algunos silbidos que finalmente alertan al cóndor para que salga de su atontamiento.

—¡Ve, extiende tus alas y rescata a quienes tanto te necesitan! —le grita el patriarca.

«¿Habrá comprendido la importancia de su rol?», se pregunta.

En ese momento, los silbidos se mezclan con la voz de Chacta, diáfanos murmullos, apenas audibles, pero que son captados por el cóndor. En el mensaje, se le ordena tácitamente que abandone el Hanan Pupu, y acuda hasta la llanura bordeada de ríos y montañas para poner freno a los ataques perpetrados contra la caravana.

Orden recibida, orden ejecutada. Intilimay se compromete a ayudar a los necesitados, y con un movimiento de alas se prepara para entrar en acción.

## EL ÉXODO

En los Andes la situación va de mal en peor. La creciente ira de los hacendados ha alcanzado el punto de no retorno. Apostados entre los arbustos y la maleza de la ruta, los propietarios emergen como una horda de salvajes perpetrando una serie de ataques a la caravana de trabajadores. Hirviendo de cólera, y disparando al aire con rifles y pistolas, exigen el retorno de los trabajadores a las haciendas.

Estos, reducidos a simples seres sin decisión propia, son perseguidos y acorralados hasta el punto de ser sometidos a las exigencias de los hacendados. Amedrentados ante la imponente presencia de sus amos, dan media vuelta de regreso a las haciendas, renunciando definitivamente al deseo de establecerse en Cuchimilcos.

—¡Este pequeño jueguito ha terminado, miserables! —gritan los hacendados.

¿Cómo pudo Silvestre ser tan ingenuo como para ignorar las represalias de los hacendados? La agresión de los atacantes da sus frutos. Niños atemorizados se esconden bajo las faldas de sus madres mientras las mujeres sollozan desconsoladas frente al terrible estallido de violencia. Algunos se preguntan si todo esto es un castigo divino. La caravana se desintegra gradualmente ante los ojos incrédulos de Silvestre, que no sabe qué hacer para poner a resguardo a las familias.

—¡Quédense donde están! ¡No se muevan!

Asediados, víctimas de los peores maltratos, ruidos estrepitosos, ensañamiento y gritos desaforados, los trabajadores se ven devorados por el temor y buscan intuitivamente un gesto, una palabra que los incite a continuar. Desgraciadamente, no ven la luz al final del túnel.

Frente a las atenuantes circunstancias, Silvestre es consciente de que no puede avanzar más. Su idea de repoblar Cuchimilcos se desmorona paulatinamente sin que él pueda evitarlo. Imagina el castigo que le impondrán una vez que regrese a la hacienda. Amedrentado por tanta violencia, se halla al borde de capitular.

La situación es crítica. Todo sucede tan rápido que incluso el grupo de espíritus designado por Aucari para protegerlos, cortos de ideas, se limita al rol de espectadores. Los látigos vuelan por los aires para posarse sobre las espaldas de los indefensos paisanos, que no resisten más ese vil maltrato. Son campesinos, no son guerreros. Testigo del creciente brote de violencia, el hijo de Ollantay, que escoltó la caravana desde el inicio, decide acercarse prudentemente hasta Silvestre antes de que opte por batirse en retirada.

—¡Todo es posible! ¡Nada está perdido! —le susurra en sus oídos.

Silvestre siente la voz del espíritu de los tiempos pasados, hijo de Ollantay, portador de un mensaje inmutable que le infunde valor. Atolondrado frente a tanta persistencia, Silvestre cierra los ojos por un momento y se deja guiar por este misterioso mensaje que se renueva sin cesar. Después de tanta insistencia, una pequeña chispa de energía brota y, contra todo pronóstico, se enfrenta a los hacendados.

—Si continúas con esta farsa, eres hombre muerto —lo amenaza don Eneldo García, apuntándolo con su rifle.

Ignorando el ultimátum, Silvestre ordena a las familias que avancen.

—Renueva tu mensaje, Silvestre —le aconseja el espíritu de los tiempos pasados, hijo de Ollantay—. No todo está perdido.

Disidentes no faltan, y Silvestre debe enfrentarse a una férrea oposición. Desbordando coraje, expresa sin temor su voluntad y deseo de continuar el recorrido que los conducirá hasta Cuchimilcos. Silvestre reitera la llamada una, dos y tres veces.

—¡Sigan adelante! ¡Nada está perdido! —grita con todas sus fuerzas—. ¡Vamos!

Las mujeres y los niños son los primeros en cumplir.

En esta atmósfera tumultuosa, los vientos recuperan fuerza mientras los hacendados redoblan su violencia para convencer a punta de golpes y empujones a sus peones para que retomen el trabajo.

—¡Miren hacia el cielo! —advierte un grito pavoroso.

Seres inquietantes avanzan hacia ellos, manchas oscuras que se aproximan. Este extraño fenómeno pone fin a las peleas y los beligerantes observan asustados el creciente aumento de las sombras. Se trata de los inconfundibles cóndores.

—¡Maldición! —gritan los hacendados—. Estos animales vienen directo hacia nosotros.

El pánico cunde ante el considerable tamaño del grupo de cóndores. A la cabeza se halla el cóndor más grande de todos: Intilimay.

Pronto, Intilimay y los suyos descienden sobre los hacendados para arrancarles de las manos los útiles de venganza, y los hacendados se defienden con disparos. La batalla se intensifica con más furor y violencia.

Con las recias confrontaciones, algunos cóndores heridos dan prueba de la dureza del enfrentamiento; otros, con las alas resquebrajadas, buscan refugio algo alejados del área de combate. Pero nada parece detenerlos y avanzan como un relámpago, furiosos como un huracán, listos para desarmar a sus contrincantes. Los cóndores utilizan todas sus artimañas para alejar a los hacendados del camino, y estos, hombres de poco razonamiento, responden como salvajes con disparos imprecisos mientras las aves prosiguen sus enérgicos ataques. Se lanzan con ardor, sirviéndose de sus picos y poderosas garras. Los hacendados entienden con rapidez que lo más sensato es retirarse, y así huyen hacia sus caballos.

Los cóndores continúan lo que han empezado, atrapando a los fugitivos con sus enormes garras, elevándolos al cielo mientras los capturados gritan de terror. Unos cuantos picotazos en la cabeza son suficientes para calmar al más refractario de los hacendados; los cóndores, aunque tienen la intención de dejarlos caer desde lo más alto, se refrenan de toda intención de causarles daño. Don Eneldo García escapa milagrosamente y, acosado por el miedo, ya no desea tentar más al destino.

—¡Huyamos! ¡No podemos combatir! ¡Estos animales son unos salvajes!

Después de la retirada de los hacendados, Silvestre retoma el control de la caravana, y las familias, replegadas, confluyen más calmadas gracias al apoyo de los cóndores.

El resultado de la escaramuza son unas ligeras contusiones y lesiones menores, nada alarmante. Entre abrazos y vivas, el orden se instaura y todos retoman el camino hacia Cuchimilcos.

El sendero está despejado, lo que favorece el recorrido. El misterio de lo desconocido se abre ante ellos mientras entran en una nueva vida. A lo largo de la ruta, algunos trabajadores se unen al cortejo de Silvestre y el maravilloso espectáculo de los poderosos cóndores, considerados animales sagrados en los Andes. Los más impactados son los niños; frotándose los ojos, creen ver un espejismo que despierta en ellos el deseo de conocer más sobre aquellos animales que los escoltan. Suplican a sus padres que les relaten algunas leyendas.

Llena de entusiasmo, la caravana prosigue su camino, cantando a todo pulmón con el corazón en la mano. El trayecto de la hacienda a Cuchimilcos que a caballo se termina en gruesas horas de cabalgata, esta vez a pie y con una buena cantidad de familias, tomará varios días. Los atajos utilizados regularmente por los jinetes serán olvidados, privilegiándose regulares descansos, marchas sosegadas y, sobre todo, trechos menos accidentados. Horas después de emprender un recorrido agotador, el grupo atraviesa una poderosa casona colonial con fachada gótica construida por los españoles siglos atrás. Al son de la quena, una mujer andina les hace partícipes de la difícil situación a la que se enfrentan los propietarios.

Con una voz desfallecida, les explica cómo los patrones se vieron confrontados en despedir a los trabajadores por falta de cultivos. Afligida, repite que todo está perdido. La infeliz mujer ha vivido sin provisiones ni agua, prácticamente en la miseria, durante varios días. Al ver llegar la caravana, cree que sus desgracias forman parte del pasado, suplicando ser aceptada. Silvestre y los suyos comprueban que la protección le ha hecho compañía, y la aceptan sin reservas. El consentimiento es unánime y la mujer se une al grupo.

Después de un largo y abrumador recorrido, abordan un pequeño pueblo enclavado en una montaña, construido alrededor de su iglesia. Algunas mujeres de la caravana recogen flores, rezan y colocan ramos en el altar, y poco después reanudan la marcha.

Al caer la noche, después de haber cumplido con lo acometido, el contingente de cóndores se prepara para abandonar la caravana. No sin antes ofrecerles un ser de una inmensa valentía y coraje, el más bravo de los centinelas de todas las épocas, provenientes de la familia de aves rapaces nocturnas. Y fue sin canto ni movimiento que el búho, diminuta fantasía, portador de mucha suerte y alegría, se posó en el hombro de Silvestre. De inmediato, Silvestre lo percibió como una revelación que transformó su conciencia repitiéndole: «No temas, conmigo llegarás a tu destino»*.* Animado por un misterioso estremecimiento, Silvestre lo contempla y luego, estimulado por una invisible sensación de tranquilidad, lo acoge con el sentimiento de que algo bueno sucederá. Es como un sueño ante tanta adversidad. Después de tantas hostilidades, maldiciones, enfrentamientos y problemas, Silvestre se pregunta si aquel búho no será un fruto prohibido.

Sin encontrar respuesta, avanza con el grupo y el búho en su hombro. Pese a la incertidumbre, las familias desamparadas han depositado su fe en Silvestre, convencidas de estar en buenas manos. La caravana prosigue en plena oscuridad, aislada de la civilización, mientras atraviesan un campo baldío donde solo piedras y hierbas secas les hacen compañía.

Alumbran antorchas para señalar el pasaje. Conscientes de que cuentan con un buen número de niños entre sus filas, Silvestre constata que no puede consentir que sigan con la travesía. El espectáculo es perturbador. Sin otra opción, acampan en este páramo frío y desnudo. Silvestre se detiene y solicita unir esfuerzos.

—De no haber sufrido el ataque de los hacendados, a estas alturas hubiésemos atravesado esta meseta y estaríamos ingresando en el pueblo más cercano. ¡Necesito algunos voluntarios para recolectar leña!

En poco tiempo, Silvestre se da cuenta de que no hay nada peor que permanecer abandonados en un terreno donde no se perciben señales de vida a leguas de distancia. Sin leña para alumbrar un fuego, Silvestre necesita tomar cartas en el asunto y empieza a examinar las pertenencias para ver si cuentan con suficientes pellejos para usarlos de cobijo. Esta triste certeza supone que la única manera de calentarse es cubrir el suelo con las pocas pieles de llamas y alpaca de las que disponen e incitar a las familias a acostarse acurrucados uno al lado de otro. Es la noche más larga y fría que han pasado a la intemperie, a merced del caprichoso clima de los Andes. Pocos logran conciliar el sueño.

Al amanecer, hombres, mujeres y niños manifiestan jaquecas a consecuencia de las bajas temperaturas. Era de esperar. Inmediatamente, brotan síntomas de tos, fiebre y calenturas.

La marcha se reanuda dolorosamente, y el descontento es unánime ante la seriedad del caso. A pesar de la fatiga, los pesares, las malas caras y las quejas, Silvestre les infunde valor, y el grupo emprende la subida hasta los tres mil metros de altura. Restos de los caminos de los incas desaparecen y en el horizonte se divisan cadenas de montañas color cobre, tan gélidas como ásperas. No hay escape: una ruta sinuosa y accidentada, donde la desgracia acecha, se abre ante ellos. Los niños, intimidados por la peligrosa apariencia del paisaje, piden a sus madres ser protegidos.

El camino conduce a una montaña apenas visible por la niebla. Un sendero sembrado de desventuras los espera, y al mirar hacia lo alto observan un trayecto sombrío propicio a la muerte. Duras son las condiciones del camino que se les presentan. Cuesta arriba, la estrechez del recorrido obliga al grupo a redoblar la prudencia, atravesar de dos en dos y, si los rumores son ciertos, aproximarse al punto más riesgoso. Ahora, pues, el grupo necesita confiar en alguien para enfrentar lo imposible.

Se internan en el corazón del monte Carmeliña, con su aspecto hostil, lleno de barreras y obstáculos. Silvestre confía en que las muñecas protegerán sus acciones. El tiempo de ponerlas en práctica ha llegado y el antiguo capataz advierte sobre las crecientes amenazas de la ruta.

—Nada de distracciones. Concéntrense, pisen tierra firme y eviten toda piedra resbaladiza que pueda arrastrarlos a un precipicio.

Las familias no muestran ninguna prisa en avanzar, de modo que la caravana predestinada a una nueva vida necesita un empujoncito.

—¡Adelante! —grita Silvestre—. No perdamos más el tiempo, estamos a pocas horas antes del anochecer.

A Silvestre no le supone mucho esfuerzo; apenas concluye su mensaje, las familias acuden a su llamado con una determinación inquebrantable y la caravana se embarca por estos senderos llenos de peligros, recorriendo rutas abandonadas y bordeadas de precipicios. Estas dificultades no los amedrentan, simplemente los fuerzan a frenar su ritmo. La prudencia es su mejor aliada; de no tener cuidado, nada los libraría de morir.

Perturbados por el azote constante del viento y el frío mordaz que los acompaña, avanzar no resulta tarea fácil, y los más jóvenes ayudan a que la caravana evite un penoso accidente. Esta avanza con lentitud y pisadas cautelosas, el terreno se tambalea y los deslices se evitan justo a tiempo. Tanto esfuerzo recompensa cuando atraviesan el pico más alto y peligroso de la travesía.

Las montañas que bordean el camino son siluetas peculiares, algunas con sólidas fachadas que emulan la ilusión de espectros horribles que parecen engullir a sus presas. Silvestre trata de tranquilizar a los trabajadores.

—¡Lo más difícil ya quedó atrás!

Después de un merecido descanso para recuperar fuerzas, continúan su avance por un camino sinuoso, muy tortuoso. Las carretas, un tanto averiadas, tambalean. A pesar de los contratiempos, la esperanza renace en el corazón de muchos cuando finalmente descienden a la pampa.

—Estamos cerca de una ciudad —manifiesta un hombre—. ¡Continuemos!

Por el camino, se topan con muchos curiosos que se aproximan a la caravana para formular mil preguntas. Enseguida, algunos predicen lo peor para estas personas con rostros quemados por el frío y la fatiga. Retomando sus refranes, el ardiente discurso de Silvestre refuerza los ánimos de los miembros de la caravana y la expedición reanuda su paso tras aceptar nuevas familias que se acoplan al viaje. Después de recorrer el pueblo, cruzan un estrecho puente colonial apenas transitable, construido sobre un río seco tras el que se detienen de nuevo para descansar.

Alrededor del mediodía, un sol radiante acompaña el progreso de la caravana. Silvestre dirige, Hortensia y Sylvana distribuyen raciones de comida y agua. El buen ánimo se diluiría si creen que el viaje está lejos de concluir. Pasos seguros avanzan desafiando un destino incierto que les tiende los brazos. No cargan armas, ni siquiera se imaginan los peligros que les acechan, mas la palabra «imposible» no figura en sus pensamientos.